

dad del frío, porque poniéndonos al fuego calentábamos el lado que presentábamos á él, mientras nos helábamos del otro.

El 15 del mismo mes falleció Chimhan Thomas, nuestro carpintero, pérdida primera que teníamos que atribuir al clima y rigor de nuestra posición. Aquel hombre, utilísimo y apreciable, tenía muy quebrantada su salud, á causa de los trabajos que había pasado en navegaciones por los lagos de América, y durante la guerra de los Birmanes: un marino en activo servicio tanto tiempo, es anciano á los cuarenta años.

El mes de Marzo fué también muy inclemente, y nos entristeció y abatió el ánimo: Thom, mi segundo, estaba enfermo; mis antiguas heridas amenazaban abrirse; nos suministraba pocos recursos la caza, y estábamos amenazados del escorbuto.

A mediados de Abril tratamos de organizar los medios de transporte, porque en nuestras marchas no podíamos llevar todas las provisiones, pues aún quedaban para algunos meses; era menester hacerlo poco á poco en distintos viajes, lo que requería el trabajo de muchos días en cada estación. La traslación de las lanchas que debían servirnos en el momento que la mar estuviera libre, daba margen al mas penoso trabajo, pues teníamos que hacerlas deslizar por aquellas superficies resbaladizas, é infinitas veces tener que dar con ellas grandísimos rodeos á fin de salvar los peñascos helados que se oponían á su tránsito.

El 6 de Julio vimos desprenderse una enorme masa de hielo, no como los aludes de nieve de los ventisqueros de Suiza, que saltan de cresta en cresta amontonando su volumen y rodando por una pendiente irregular hasta abismarse en el lecho de un torrente: en el desprendimiento que se verificó á nuestros ojos todo fué instantáneo; apenas comenzó á descender, se hundió en el mar rompiendo sus campos de hielo como si fuese el cristal de un espejo.

Por fin, el 16 de Agosto llegamos al estrecho del Príncipe Regente, donde estuvimos ya con mar libre: trasladamos todas nuestras provisiones á las lanchas, y nos hicimos á la vela, pero avanzando con mucha lentitud y dificultad, porque lo recio de los vientos y la agitación de los témpanos de hielo nos obligaban de continuo á refugiarnos en los golfos formados por la costa, además del poco uso que podíamos hacer de las velas. El 25 de Agosto después de una larga navegación á remo, navegación fatigosísima para nuestros marineros, atravesamos la bahía de *Havyboard* y en ella tuvimos que detenemos á fin de que cobraran descanso los hombres, estenuados por doce horas continuas de fatiga.

El 26 á las cuatro de la mañana, cuando todos estaban entregados al sueño, me informó el vigía David Wood, de que creía distinguir una embarcación, y en efecto, por medio de mi antejo observé que no se engañaba. Nuestros marineros todos al escuchar la noticia salieron á su vez de las tiendas de campaña, dirigiéndose al borde de la playa y discurrendo sobre la naturaleza del buque, su dirección y nacionalidad. Los mas desconfiados nos creían víctimas de una ilusión, tal vez del efecto engaña-

dor de algun promontorio de hielo; pero á pesar de todo, hicimos señales con pólvora humedecida, y nos lanzamos á las lanchas, en las que á pesar de la calma que se oponía á nuestra marcha, nos hubiéramos acercado hasta el buque mismo que divisábamos, si este hubiera permanecido quieto. Por desgracia se levantó de pronto una brisa que le hizo tomar rumbo al Sud-este, lo que nos obligó á caminar en su seguimiento sin grande esperanza de alcanzarle. A cosa de las diez divisamos otra vela que caminaba con dirección al Norte, y á juzgar por algunas de sus maniobras, creímos un momento que nos habían visto, mas no fué así, porque el barco se alejó. Este instante ha sido el mas cruel de mi existencia: dos navíos estaban próximos á nosotros, uno, cualquiera de ellos, podía poner término á nuestros temores y fatigas, y ni á uno ni á otro alcanzábamos.

Disimulé cuanto me fué posible la horrible impresión que experimentaba, porque era necesario sostener el valor de la gente mostrándome impasible. Felizmente reinó de nuevo la calma, y hacía las once divisamos al buque mas próximo á nosotros y que de pronto viró de bordo y que echó al agua la lancha que se dirigió en seguida á nuestro encuentro.

Cuando estuvimos al alcance de la voz, nos preguntó el contramaestre que mandaba la lancha si éramos naufragos, á lo que contestamos que habíamos abandonado nuestro barco, y le preguntamos á nuestra vez el nombre del buque que teníamos á la vista, á la par que le manifesté el deseo de trasladarme á él con mi tripulación.

Informáronnos de que era el *Isabelle de Hull*, buque que había estado á mis órdenes otras veces. Yo soy, le dije, el capitán Ross, antiguo comandante de vuestro barco, y los que teneis á la vista conmigo, pertenecen á la tripulación de la *Victory*. Al escuchar tal noticia quedó confuso y admirado el patron sin que le fuera dado otra cosa que esclamar: ¡El capitán Ross! . . . ¡El capitán Ross ha muerto! Yo le manifesté que aquella conclusión era muy precipitada; que los vestidos de pieles de oso que llevábamos no era el traje habitual de los balleneros; que nuestras caras famélicas no eran caras de gentes que hubieran abandonado de poco tiempo á aquella parte su embarcación, indicaciones todas que debían hacerles pensar no éramos impostores.

Al punto vino hasta nosotros el capitán Humphrey en persona, y nos aseguró que él y los suyos, como toda Inglaterra, pensaba hacia mucho tiempo que habíamos perecido. Cuando llegamos á bordo fuimos saludados por la tripulación del *Isabelle* con tres hurras, y después tratados por el capitán Humphrey con la cordialidad de un marino.

Aún cuando careciésemos de la recomendación de nuestros nombres y carácter, no hubiéramos tenido menos derecho á la compasión y muestras de atención que nos prodigaron, porque jamás se puede contemplar una reunión de hombres mas derrotados. Teníamos la barba crecida desde no sé qué época; nuestros vestidos eran asquerosos despojos de bestias salvajes, y al comparar nuestros ojos salto-

nes y nuestras mejillas hundidas hasta los huesos por el hambre y los trabajos, con el aspecto de los hombres bien vestidos y alimentados que nos rodeaban, comprendimos cuán repugnantes debimos parecerles. Fuerza es advertir que la parte burlesca cesó muy pronto: nos fué menester entregarnos de una vez á todas las operaciones: lavarnos, afeitarnos, vestirnos, y comer, y entre tanto se confundía todo esto con el cúmulo de preguntas que mutuamente nos hacíamos, respecto de las aventuras de la *Victory* y del estado de los negocios de Inglaterra. Por fin, pasados los primeros momentos de recíproco entusiasmo, llegó la noche, y con ella la vuelta de reflexiones graves y sosegadas: sin duda que ninguno de nosotros dejó de espresar á la Providencia su agradecimiento por habernos sacado del borde de una tumba rodeada de padecimientos, y restituído al seno de nuestros amigos y al mundo civilizado.

El capitán Humphrey nos informó de que acompañado del *William-Lee*, había intentado con su buque cruzar el estrecho del Príncipe Regente hasta las islas de Leopoldo, esperando recoger alguna noticia de nuestra expedición, mas bien que hallarnos á nosotros; pero que habían tenido que retroceder ante los hielos de aquellos mares que estorbaban el paso. El 13 de Setiembre de 1833 abandonamos el estrecho de Davy, después de confiar á las olas, en la bahía de la Procecion, una botella que contenía dentro un papel que refería nuestras tentativas, nuestros trabajos y nuestra salvación. Esta precaución fué inútil porque arribamos felizmente á Londres á últimos de Octubre.

IV.

ASCENSION AL PICO DE TENERIFE.

En el mes de Octubre de 1837, dos corbetas francesas que se dirigían á las regiones australes, tocaron de arribada en Tenerife con objeto de refrescar víveres y practicar algunas observaciones de física.

Mr. Dumont d'Urville dispuso hacer una expedición al pico de Teyda: y héla aquí referida en los propios términos que lo ha hecho uno de los oficiales de la expedición.

Por medio del vice-cónsul francés adquirimos los caballos y guías indispensables á nuestro propósito: los caballos debían trasladarnos hasta Orotava, distante siete leguas de Santa Cruz. Provisos de vino del país, mas propio para resistir al calor que los vinos de Francia, montamos á caballo y nos pusimos en camino. Nuestra caravana se componía entre otros de Mr. Dumulin, ingeniero de la expedición, de Mr. Coupvent-Desleois y de Mr. Lafarge, oficiales de marina: los dos primeros estaban encargados de las observaciones de física, y el último iba armado de su martillo de geólogo. Al salir de la ciudad emprendimos el camino de Laguna que sigue á las alturas inmediatas; por espacio de una legua se halla este camino perfectamente conservado, y no ofrece mas dificultad que las naturales de

la rápida inclinación del terreno; pero mas adelante cesa, por decirlo así, su trazado, y se asciende por entre las asperezas de la montaña. A los lados del camino había entre los reducidos planos que dejaban los peñascos algunas tierras que habían estado sembradas de maíz, y cuya mies acababa de recolectarse; también se veían dispersadas algunas chozas habitadas por gentes que revelaban en su fisonomía sumo estado de pobreza. Conforme nos acercábamos á Laguna presentaba el campo mejor aspecto, y una vez en la planicie en que está construida la ciudad, divisábamos á su alrededor campos de trigo y maíz, y jardines en plena belleza, rodeados de muros guarnecidos de emparrados y enredaderas. A la entrada de la ciudad se encuentra una gran plaza rodeada de hermosos edificios; sus calles son anchas, regulares y provistas de aceras como las de Santa Cruz, pero están casi desiertas. Sin embargo, al ruido de los caballos é impelidas por la curiosidad, asomaban la cabeza por las ventanas algunas lindas muchachas que dirigían una ojeada á nuestra extraña cabalgata. Naturalmente acortamos el paso por contemplar sus agraciados rostros á pretexto de saludar cortesmente, contestando ellas á nuestro saludo con ese tono de franca é inocente urbanidad que caracteriza las costumbres españolas.

Una parte de la ciudad, los campos vecinos y los jardines de Laguna constituían en otro tiempo un lago en que se acumulaban las aguas que bajaban de las montañas inmediatas; á causa de su altura sobre el nivel del mar disfruta de temperatura mas agradable que Santa Cruz. Sus amenos jardines prestan un encanto y una frescura al ambiente que hace muy agradable su residencia. Los campos estaban cubiertos de rastrojos, testigos mudos de la última recolección, y aún se veía ya comenzar las operaciones de labranza con arados tirados por bueyes de escasa corpulencia. Este espectáculo campestre tenía para nosotros vivísimo atractivo; alejados de la vista del mar y rota la uniformidad de la vida que se hace á bordo, nos considerábamos en aquellos momentos como transportados en medio de nuestros campos. El camino, á medida que avanzábamos, se hacia mas practicable y el país mas ameno; al cabo de una hora comenzó á estrecharse la llanura, y á medio día llegamos á *Agua García*, uno de los sitios mas pintorescos de todo el camino.

En este sitio cruza la calzada un acueducto de madera sostenido á una veintena de piés, por el cual corre un abundante caudal de agua que abastece el pueblo de Tacoronte, que divisábamos á lo lejos. A la izquierda hay un abrevadero, en cuyo sitio tienen por costumbre los viajeros detenerse á descansar y dar de beber á los caballos. Hicimos en aquel sitio un alto de media hora, el cual empleé en andar siguiendo el curso de las aguas; cuando llegué á la cúspide de la colina, me hallé dando vista á un encantado valle sembrado de habitaciones, á través del cual serpenteaba un acueducto tan sencillo en su construcción que recuerda la infancia del arte y de la civilización. Mis deseos hubieran sido recorrer aquellos sitios; pero la escasez del tiempo me estorbaba realizar tan buen propósito. Las casas dis-

persadas por la llanura y los amenos jardines y alamedas, no me ofrecieron obstáculo para llegar hasta Tocoronte, pueblecito situado á orillas del mar, en una posición en extremo agradable porque todo es fértil á su alrededor. La llanura está surcada por lechos profundos practicados por las aguas de los arroyos, cuyas orillas están guarnecidas de catus. Recobrados un poco del cansancio del camino, abandonamos á *Agua García* dirigiéndonos á *Matanzas*; en el tránsito encontramos á cada paso aldeanos de tez tostada, y que á no saberlo revelarían ser españoles en su ademán grave y tranquilo; como todos los montañeses, eran vigorosos y bien formados: algunos preguntaron á nuestros guías si éramos ingleses, porque viajeros de esta nación, es lo que en todas partes del mundo están acostumbrados á ver. Al emparejar con nosotros nos saludaban con aire tan respetuoso, que nos admiraba: en Tenerife la distinción de categorías conserva mucho prestigio; el orgullo democrático no ha penetrado aún bastante para que el aldeano crea poder sustraerse, rehusando saludar á una persona de clase mas elevada, del yugo de desigualdad que á pesar de todo existe en los países mas democráticos. En estos considero una esageración funesta la idea que tiende á abolir una costumbre patriarcal, que no tiene nada de humillante y que tiene su lado de útil, pues la muestra de recíproca benevolencia de dos hombres que se encuentran en un camino y se saludan, no puede menos de ejercer una feliz influencia en las relaciones de los que las componen; así, pues, no juzgué á los habitantes de Tenerife poco civilizados por estas muestras de deferencia; las jóvenes aldeanas vestidas con sencillez y con todo el aspecto de la salud y belleza, pasaban á nuestro lado dando la misma prueba de urbanidad.

No pasó mucho tiempo sin que encontráramos un compatriota que rebotaba de alegría al hallarse entre franceses, y con ocasión de hablar el idioma patrio; su contento fué tal que estuvo tentado de abandonar sus asuntos de Santa Cruz por acompañarnos hasta el Orotava. Tenia á su cargo la dirección del jardín botánico, y después de facilitarnos plantas y semillas, nos despedimos con toda la efusión que inspira el sentimiento de paisanaje en tierra extranjera.

Al separarnos de nuestro compatriota, atravesamos un precipicio profundo formado por una ancha fractura que parecia producida por las capas de basalto que se elevan de la costa. Estas rocas dominan el camino á una altura de cuarenta piés. Volviendo hácia la izquierda, pudimos contemplar ante nuestros ojos toda la parte accidental de la isla mas nombrada por sus viñedos; el cultivo en aquellos parages es muy esmerado; los dos lados del camino están bordados de sembrados y de viñas. Antes de llegar á Matanza quisieron nuestros guías hacer un alto, pero hallándonos aún demasiado cerca de la ciudad les animamos á que continuarán dándonos algunas de nuestras provisiones. La posada de Matanza se parecia á todas las posadas en general; sus paredes estaban tapizadas de malas estamapas que representaban la vida de Genoveva de Bra-

bante. El pueblo se componia de unas cuarenta casas alrededor de una modesta iglesia, sin contar las chozas habitadas por familias pobres.

De Matanza á Vitoria el camino es escabroso y difícil; el pais se halla enteramente plantado de viñas: á la derecha á una distancia que varia de una á dos leguas, se divisa la mar; á la izquierda en lontananza elevadísimas montañas. El pueblo de Vitoria se compone de un centenar de casas; en la calle principal se ve una porción de pequeños monumentos que son otros tantos nichos de santos y vírgenes, objetos de la veneración del pueblo. La campiña que miráramos á nuestros piés, estaba poblada de aldeanos de los dos sexos, ocupados en la vendimia; pero á la altura en que nos halláramos estaban aún distantes de madurar los racimos. Desde aquella elevación descubrimos el puerto de Orotava, pueblo que posee un mal fondeadero, muy frecuentado sin embargo, de los patronos de barco, que vienen á él para cargar los vinos mas nombrados de la isla. Crecia la extensión de la llanura á medida que avanzábamos, y no tardamos en descubrir toda la ciudad de Orotava situada en declive, y en una de las posiciones mas deliciosas que puede imaginarse. A las cuatro llegamos á Orotava, sus calles son anchas, bien empedradas pero molestas á causa de la rapidez de sus cuestas. Sus casas fabricadas con piedra de lava negra propenden á la arquitectura árabe, y tienen un carácter de originalidad agradable á la vista; sin embargo de que lo mas notable que se observa en esta villa es la rara abundancia de aguas, que esparce una frescura deliciosa. Nos apeamos cerca de la iglesia en una posada que nuestros guías ensalzaron diciendo habia hospedado últimamente á un príncipe francés; no obstante, como es única en el pueblo, no necesitaba esta recomendación para escogerla como alojamiento. Las dos horas que restaban de día las empleamos en visitar el pueblo y sus cercanías: visitamos la iglesia que ofreció poco de particular; en seguida, aceptando la oferta que se nos hizo de acompañarnos al jardín botánico, caminamos cerca de un cuarto de legua por entre un campo delicioso sembrado de casitas de recreo, hasta llegar al sitio designado. Allí nos recibió la señora del director por ausencia de éste, y recorrimos el establecimiento, el cual nos pareció bastante descuidado. Debe su creación á un opulento español natural de Canarias que quiso dotar á su pais de todas las producciones de las comarcas tropicales; á pesar de todo, posee bastantes riquezas vegetales.

De vuelta al pueblo, entramos en la posada, donde nos esperaban impacientes nuestros camaradas que habian llegado después para cuidar sus barómetros; en seguida nos pusimos á la mesa y comimos con gran apetito.

Al día siguiente nos levantamos muy animosos; cargamos nuestros instrumentos, provisiones, y hasta el agua en distintos bagajes, y nos hicimos acompañar por un guía especial que conociera las soleadas inmediatas al Pico, frecuentadas por reducido número de personas. El tiempo estaba sereno y despejado, como era menester para asegurar el buen

éxito de la expedición; con lluvias tan copiosas, como las que caen en la montaña, hubiera sido peligroso y hasta imposible llegar arriba.

A las cinco y media de la mañana, estábamos en marcha provistos de agua y víveres para dos días, sin contar lo que cada uno llevaba para sí. Salimos del pueblo por un camino escabroso y sembrado de piedras que, gracias á nuestros excelentes caballos salvamos prestamente. Empezaba á despuntar el día; pero á aquella hora el silencio que reinaba en el pueblo, la sombra tinta de sus casas, el estilo de su arquitectura, el leve susurro que se percibía de la montaña y el producido al alzarse las olas del mar, daban á todo lo que nos rodeaba un aire de severidad que invitaba al recogimiento, y contra el cual nuestra alegría, naturalmente expansiva, combatía trabajosamente.

Durante tres cuartos de hora, seguimos un sendero estrecho que, abordaba precipicios cubiertos de resvaladiza lava. A nuestra izquierda divisáramos cabañas rodeadas de higueras, catus y enredaderas, y á la derecha dilatados viñedos formando albitanas como en Provenza y en todo terreno escarpado. Llegamos en seguida á un frondoso valle cubierto de castaños enormes cercados de paredes fabricadas de basalto. Después de este valle, descubrimos algunos campos sembrados de maíz, y mas allá terrenos completamente estériles; á poco habíamos entrado en lo que se llama la región de las nubes, porque siempre velaban algunos celajes el paisaje que teníamos á los piés, ofreciéndonos cuando interceptaban la vista del mar y les venia los rayos del sol, apariciones verdaderamente fantásticas. Todavía en aquel terreno ya de escasa vegetación, veíamos esparcidos algunos pinos de poca elevación, matorrales de brezo y tomillo á cuyo derredor se veían revolotear algunas mariposas y pajarillos, aunque en escaso número; en cambio abundaba en caza de liebres y conejos; pero desgraciadamente no teníamos ni tiempo ni medios de entretenernos en esta diversión. Un poco mas arriba se despejó la atmósfera; pero la vegetación disminuía de intensidad; hicimos una pausa para que descansaran nuestras cabalgaduras, y en este momento el sol dispó las nieblas y pudimos considerar bien á gusto el camino que acabábamos de recorrer; dejáramos á la espalda toda la serie de eminencias que separa á Orotava de Laguna; y á nuestro frente la entrada de *Gargantas* y el Pico que se destaca magestuosamente de su base, y que parece va á perderse en las nubes. Varios aldeanos que bajaban de un pueblecito situado á la izquierda de *Gargantas*, el mas elevado de toda la isla, nos vendieron algunos higos y otras frutas que, en medio de la naturaleza estéril que nos rodeaba, parecieron deliciosas; otros llevaban á vender á Orotava haces de leña. Todas aquellas gentes acostumbradas á considerar á cada paso viajeros que se dirigían á escalar el Pico, no paraban mientes en nosotros, y menos en el objeto que nos conducía, sin embargo de que no por eso se mostraban menos orgullosos, como todos los habitantes de las montañas, de las maravillas que poseían en su pais. Al separarse de nosotros, nos pronosticaban buen tiempo; pero prevenían también que nos resguardásemos del frío.

caban buen tiempo; pero prevenían también que nos resguardásemos del frío.

El camino cada vez se mostraba menos practicable; en los declives de las montañas que teníamos á la izquierda, descubrimos algunos conos truncados, indicios palpables de antiguos cráteres, cuyas erupciones habian producido las corrientes que tapizaban las paredes de los precipicios. Muchas veces nos deteníamos á considerar la gran masa de nubes producida por los condensados vapores de los bosques, los cuales nos ocultaban el Océano; estos se ofrecían á nuestra mirada unas veces como espinosos haces que asemejaban peñascos de nieve, otras en forma de gradería y siempre como un cielo jaspeado, por lo que parecia que teníamos el firmamento no en el zénit, sino bajo nuestras plantas. Este espectáculo nuevo para mí, que no habia ascendido á tan elevadas montañas, me encantaba, y nunca me parecia haberlo considerado bastante.

Antes de entrar en las *Gargantas*, dejamos á la izquierda la gruta del Pino, notable porque su concavidad resguarda el único pino que crece en aquella altura; en seguida entramos en las *Gargantas* estensas llanuras completamente estériles y desiertas, cubiertas de fragmentos de piedra pomez y de obsidianas que refractan los rayos del sol y producen un calor tan intenso que seria irresistible si no neutralizara su acción un viento Norte, frío ya á aquella altura de mil cuatrocientas toesas; el aire en aquellas regiones es de una sequedad fatigosa.

Aquellos valles contenidos entre montañas enormes, de donde toman el nombre de *Gargantas*, son otros tantos lechos de antiguos cráteres; en ellos se estingue casi enteramente la vegetación; el *spartium supra nubium*, es la única planta que sobrevive, y eso de trecho en trecho; aquí ya se hace el tránsito triste y monótono. Grandes peñascos de basalto y feldspato interrumpen totalmente la uniformidad de la llanura; algunos son tan considerables, que excede su diámetro de veinte piés; su posición en medio de aquellos campos de obsidianas, no puede ser originada sino por la explosión de antiguos volcanes.

Antes de entrar en las *Gargantas* pasamos muy cerca de un cráter que parecia haber estado en actividad en una época muy cercana; nuestros caballos resbalaban á cada paso; uno de ellos dió un tropezón que hizo rodar al que le montaba, accidente que no tuvo otro resultado lamentable que la rotura de un barómetro; así pues, redoblamos nuestras precauciones, tardando por este motivo una hora en franquear este paso. Desde el centro de las *Gargantas* descubrimos el inmenso basamento del Pico, de cuyos lados sobresalían enormes peñascos de basalto, superpuestos de modo que nos trajo á la memoria los trabajos de los Titanes. Estas enormes masas, suspendidas sobre nuestras cabezas, nos ocultaron muchas veces el cono, á cuyo pié llegamos á las tres y media; asaltámosle con decisión por una senda muy escarpada, obstruida de obsidianas amarillentas y de piedras pomez, que cediendo bajo los piés de nuestros caballos, hacian difícil la ascención no obstante que giraba alrededor de la posición.

Al cabo de tres cuartos de hora de marcha muy penosa llegamos al plano de la *Estancia de los ingleses*, término de nuestra jornada; en aquel sitio hay aglomeradas grandes masas de basalto que forman un abrigo natural: el *spartium supra nubium* se encuentra en sobrada abundancia para alimentar el indispensable fuego que hay que encender. Al punto tomamos posesion de uno de estos abrigos; el viento Norte que soplabá, á punto de sentirse mucho frio, nos prometia un descanso considerable de temperatura. Nos hallábamós en un verdadero desierto, aislados del mundo entero y á mil seiscientas toesas de elevacion; las nubes que dejábamós ya bajo de nosotros, antes de entrar en las Gargantas, nos ocultaban una gran parte de la isla; de tiempo en tiempo nos dejaban ver algunas cúspides fuera del recinto de crestas volcánicas que rodean el gran cráter que acabábamós de atravesar.

Ansiosos de reconocer aquellos sitios, aprovechamos las dos horas de dia que restaban para subir por la montaña hasta *Alta-vista*. Una media hora empleamos en llegar hasta la planicie, situada en la cúspide de una eminencia de obsidianas que nos separaba de la senda en que estaban los peñascos de basalto suspendidos sobre nuestras cabezas. Como la estacion de *Alta-vista* se halla mas próxima al Pico, acontece que los viajeros la escogen alguna vez para pasar la noche, pero este sitio es menos abrigado que el de *Estancia*, y es menester llevar consigo mucha leña si ha de hacerse lumbre. No intentamos pasar mucho mas adelante por temor de perder el camino si se nos hacia de noche; pero sin embargo, llegamos hasta descubrir el Pico, cuyo vértice nos parecia tocar con la mano, á pesar de estar aún muy distante.

La bajada nos costó mucho mas trabajo que la subida; pero regresamos con felicidad despues de haber recogido muestras de las rocas mas notables que encontramos; entre ellas habia tracitas, basaltos y lavas de diferentes edades, mas ó menos alteradas por el aire, el fuego, las lluvias, y que ofrecian diferentes estados de cristalización. Cuando llegamos á las siete á la *Estancia*, nos aguardaba una buena comida y una vivísima hoguera; la jugetona llama esparcia una claridad que animaba todo cuanto nos rodeaba.

Al amparo de las rocas, abrigados con nuestros capotones y engranando como mejor se podia nuestros huesos con los duros cantos del suelo, tratamos de dormir haciendo de cabecera nuestras maletas, pero fué diligencia vana; el ruido de los caballos, el del hombre encargado de atizar la lumbre y el que hacian nuestros guias conversando entre sí el amor de otra hoguera que ardia á corta distancia de la nuestra, nos tuvieron constantemente desvelados. También teniamos que luchar con otra especie de enemigos. Las pulgas, naturalizadas se conoce que de mucho tiempo en esta estacion, y á la cual no habrian venido por sí, se despertaron al dulce calor de nuestra lumbre y comenzaron á hacernos una guerra á muerte. En vano quise oponer una resignacion estoica á sus picaduras, pues era mayor que esta la molestia que me producian teniéndome

despierto. Por fin, á media noche, viendo que no podia conciliar el sueño, decidí salir á tomar el aire fuera de nuestro recinto; pero apenas me habia separado de la lumbre tuve ocasion de conocer cuánto habia disminuido la temperatura; miré el termómetro que á las ocho tenia catorce grados y que habia descendido hasta ocho; sin embargo, con dificultad podria haber noche mas bella. El cielo, de una pureza extraordinaria, estaba sembrado de innumerables estrellas que esparcian tal claridad en la atmósfera, que podia creerse al pronto que aún alumbraba la luna traspuesta ya de aquel horizonte. Las montañas, que me robaban una gran parte del cielo, se destacaban con tintas oscuras, bastante pronunciadas para que se marcasen claramente sus contornos. A algunos pasos de nuestro campo reinaba el silencio mas profundo; fácilmente me podia hacer ilusion de estar aislado en aquella soledad y entregarme á mi gusto al recogimiento y meditacion que inspiraba. Una multitud de reflexiones asaltaron mi mente en aquellos instantes; pensaba en mi pais, en mi familia, en mis amigos y en las eventualidades dichasas ó menguadas de un viaje que se estrenaba con aquella interesante ascension que tan gratas emociones me causaba. De estos sueños salia lleno de confianza para el porvenir; admiraba en la naturaleza una de sus más grandes maravillas; el deseo de estudiarla me habia conducido hasta allí, y aunque para satisfacer cumplidamente este propósito me faltaba estar iniciado en las ciencias, me compensaba en cierto modo la influencia que ejercia en mi espíritu tornándole al pasado y anticipándole al porvenir.

Despues de una media hora de paseo, regresé á nuestro campo escitado por el frio, y hallé á mis camaradas procurando buscar en la inmovilidad el descanso que les negaba el sueño; tomé asiento al rededor del fuego, y mientras llegaba el dia me entretuve en comenzar algunas cartas para mi familia y amigos. De este modo pasé hasta las tres, hora en que mis expedicionarios se incorporaron para acercarse mas á la lumbre á causa de lo intenso que se iba haciendo el frio; entonces nos pusimos á discutir acerca de la mala noche, conviniendo en que seria forzar el sentido de las palabras llamar á aquello descanso. El termómetro habia bajado á cinco grados. Convinimos no partir antes de las cuatro y media, con objeto de no pasar antes de amanecer por *Alta-vista*, donde el camino es impracticable por la noche. Cuando llegó aquella hora nos pusimos en camino, llevando por delante un guia y dos caballerías que portaban los instrumentos, los víveres y una soberbia empanada que destinábamós á comer solemnemente en la cúspide del cráter. Azotábanos el rostro una brisa norte glacial, que era mas sensible que una helada intensa; el aire era de una sequedad tan extraordinaria que se me habian abierto los lábios y sentia dolor de oídos; por espacio de media hora tuve que caminar á pié, á pesar del mal terreno, para entrar en calor con el ejercicio. Apenas era de dia cuando llegamos á *Alta-vista*, no deteniéndonos en este sitio mas que el tiempo necesario para cobrar ánimo. Al

cabo de media hora llegamos á la *Cueva de las Nieves*, especie de gruta en que todo el año se mantiene el agua congelada y adonde vienen á buscar hielo de Orotava.

En este punto presenciarnos uno de los espectáculos mas magníficos á que se puede asistir en los paises montañosos, que es la salida del sol. De entre los vapores que cubrian el Océano, salia entonces radiante, y al parecer agrandado y aplanado mas allá de toda idea, á causa de la refraccion. Los efectos de radiacion le prestaban algo de fantástico; difícilmente podria representarlo el pincel cuanto mas describirlo la pluma; yo solo me limitaré á señalar este fenómeno á los curiosos observadores como digno de empeñarlos en ascender á montañas elevadas. El termómetro señalaba 5.° 8 y el barómetro habia bajado á 0.^m 4994.

A poco divisamos el cono llamado *Pilon*, sin duda á causa de su semejanza con los formados de azúcar, el cual se elevaba magestuosamente del centro del plano culminante de la montaña. Mas de una hora empleamos en montar la especie de pedestal en que se asienta; gracias á la estacion no tenia nieve el sendero; cuando está cubierto de ella, es preciso redoblar la prudencia; pero, sin embargo, no puede decirse nunca que ofrece peligros de entidad. Un poco antes de llegar á la planicie de donde parte el *Pilon*, recogimos al pasar musgo del que tapizan ciertas grietas que despiden vapores acuosos muy cálidos. Detuvimos algunos momentos antes de emprender nuestra última ascension, midiendo primero con la vista las dificultades.

Por fin nos pusimos en marcha; la base y los costados del cono están cubiertos de obsidianas movilizadas, en las cuales nos hundimos hasta media pierna, cediendo de tal modo, que apenas avanzábamós un paso cada tres. Casi continuamente nos era menester detenernos para tomar aliento, experimentando opresiones mas ó menos penosas, ocasionadas por la gran rarefaccion del aire; esta opresion produjo á algunos el efecto de sangrar por la nariz. Ultimamente, del mejor modo que pudimos llegamos arriba, y abordamos al cráter, cuyas paredes unidas y ligeramente inclinadas, se elevan á alturas desiguales; sus contornos despedian en abundancia de cuando en cuando vapores sulfurosos; el fondo del cráter parecia apagado enteramente. Dimos vuelta á aquella ancha boca apoyándonos en los picos de basalto de las paredes del cráter, blanqueados por el humo, y que esparcidos muy irregularmente permiten acceso solamente por el lado que nosotros le habiamos abordado. Probablemente su destino será encenderse un dia para dar curso á alguna otra erupcion que produzca un nuevo cono.

Los bordes de las concavidades que eschalan vapores están tapizados de cristalizaciones de azufre y de eflorescencias de alúminas reblandecidas; en su interior se experimentaba un calor bastante vivo; recogimos muestras de diversas sustancias y algunos fragmentos de obsidianas nitrosas. El cielo se mostraba puro, sin nubes y de azul oscuro; el aire soplabá moderadamente de Nordeste; la temperatura estaba á catorce grados, y ascendia á nueve á la

sombra. Hacia las diez nos molestaba el calor; algunos experimentaron dolor de cabeza. Despues de recorrer el cráter y sus contornos en todos sentidos, me detuve para contemplar el imponente golpe de vista que me ofrecia la parte del pico de Teyda que sobre la region de las nubes parecia aislado del mundo entero: disipándose de cuando en cuando aquellos vapores, me permitian descubrir también la cadena de cráteres que gradualmente descenden hasta el mar. La hora del desayuno se echaba encima, antes de la cual ya todos experimentábamós excelente apetito; colocamos la empanada en el punto culminante del Pico, y al rededor todas las demas provisiones; á poco todo habia desaparecido: nunca almuerzo alguno pudo encontrarse mas exquisito; estábamos muy orgullosos de hallarnos en tal convite á mil ochocientas toesas sobre el nivel del mar; y aún pensaba en las gentes que envidiarían nuestra expedicion.

Terminado el almuerzo se ocuparon los mas en completar su coleccion mineralógica, y á medio dia cargados de piedras y de nuestros útiles comenzamos á descender del *Pilon*, operacion que se hace con mas rapidez que se desea, y que dura escasamente diez minutos. Sin detenernos seguimos hasta *Estancia* donde llegamos á las dos en punto. Despues que todos los sabios de primer orden han visitado el pico de Teyda, y de sus descripciones tan claras y satisfactorias acerca de su formacion, seria una temeridad aventurar ideas á este propósito, cuando ni aún tiempo tuvimos para examinarlo. Nuestro objeto fué medir con exactitud la altura de la montaña y hacer algunas observaciones de intensidad magnética.

Abandonamos la *Estancia* y continuamos rápidamente por las Gargantas, que no tenian ya para nosotros el interés que cuando subimos. A medida que descendiamos experimentábamós un cambio de temperatura y de atmósfera que nos causaba una sensacion muy agradable. Sin embargo, por mas que aligeramos el paso, nos sorprendió la noche en las regiones despobladas, siendo mas de las ocho cuando entramos en Orotava totalmente cansados, que apenas tuvimos ánimo para tomar un bocado antes de acostarnos.

Al dia siguiente partimos para Santa Cruz; nos detuvimos en Laguna para visitar dos iglesias bastante notables, y al medio dia entramos en Santa Cruz, término de nuestro viaje, muy satisfechos de nuestra expedicion aunque muy cansados.

V.

NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

A consecuencia de haber restituido á la Francia en virtud de los tratados de 1814 y 1815, los establecimientos que poseia en el Senegal, dispúsose la salida de una expedicion á las órdenes de Mr. de Chaumareys, compuesta de la fragata *Medusa*, mandada por este oficial; de la corbeta *Eco*, de la